

algun objeto , que cause algun dolor agudo , ó un terrible miedo , vereis que el alma instantaneamente pone toda su atencion en esta otra imágen , y hallareis disipada aquella niebla , que intentaba obscurecer , y manchar la pureza : esta es una manifiesta señal de que en la fragua de la fantasía se formaba tempestad tan furiosa. Asi luego que alguna lisonjera imágen comienza á mover algun tumulto en el palacio del alma , es utilísima , y artificiosa destreza de la sabiduría el divertir , y apartar al alma para que no escuche , ni atienda aquel pernicioso fantasma , y aparte de sí aquel pensamiento , llevándola diestramente á otro objeto de mayor atencion , y cuidado ; esto es , que ó la deleyte mas , ó le cause melancolia , miedo , ó dolor. Cesará entonces la guerra sin dificultad. Para algunos acaso será bastante el pensar atentamente en la deformidad de este vicio , los peligros , los daños , y otras malas consecuencias que trae consigo , y especialmente quando este bestial afecto se dirigiese á alguna de aquellas personas , cuyo comercio tienen prohibido aun las leyes humanas. Para otros será un esugio tambien utilísimo , si vuelven á otras cosas el pensamiento , como á pensar en aquel pleyto , en aquel grave negocio , ó en la desgracia que atormenta su casa propia , &c. Será tambien eficazísimo remedio contra este vicio , y sus consecuencias la incertidumbre de nuestra inevitable muerte , y la brevedad de la vida del hombre ; si están prontas como deben estas consideraciones , á su vista encogerán las alas , y cederán todas las baterías de la carnal concupiscencia. Ni es necesario el que yo mencione aquí los perversos efectos del ocio , gran padrino , y despertador constante de feas , y torpes imaginaciones , el qual lleva insensiblemente al precipicio á sus profesores , y del qual se debe guardar el que lo es de la verdadera virtud. A este propósito nos dexaron los Santos una bella sentençia , que siempre debemos tener en la memoria : *Obra , y haz de tal modo , que el diablo te encuentre siempre ocupado* ; ó esta , que viene á ser lo mismo:

mo : *Al que está ocupado tienta un demonio solo , al ocioso millares de ellos.* Por tanto , así la aplicacion al estudio , al trabajo de manos , y á otros negocios decentes , y lícitos , como tambien el dexar por un poco la soledad , y el retiro , quando este sea causa , ú ocasion de suscitar , y sustentar feas , y deshonestas imaginaciones , será un eficaz antidoto , y remedio juntamente para curar la fantasía delirante por ociosa. Los jóvenes tienen necesidad de estos remedios mas particularmente , porque si aquella edad sin consejo , aturdida , y fogosa , se halla sin aplicacion á ejercicios honestos , indispensablemente se aplicará á los viciosos , de que se formarán iguales hábitos , que lo acompañarán hasta el sepulcro. Jóven holgazan , y jóven perdido , son una misma cosa en mi vocabulario. Basta de esto por ahora.

CAPITULO XXXIV.

De la mortificacion , virtud muy importante al hombre , especialmente para regular bien el apetito de los placeres.

§. I.

SIguese ahora otro importantísimo oficio de la templanza , que es el de la mortificacion , virtud nobilísima , y digna hija de tal madre. En esta virtud principalmente (es preciso decirlo) consiste todo el nervioso jugo de la Filosofía de que tratamos. *Sustine , & abstine* , es una famosísima sentençia de los antiguos sabios , la qual todos deberíamos tener bien impresa en nuestras almas , y memoria : en lo primero se significa la gran necesidad que tenemos de la paciencia : en lo segundo se nos manifiesta con claridad la que tenemos de la mortificacion. Despues que habemos delineado los inquietos orgullosos apetitos del hombre , no menos que sus impetuosas pasio-

siones, las quales pueden con facilidad extraviarlo del camino de la virtud, y hacer que se precipite en mil vicios abominables, naturalmente se sigue el preguntar la manera, y medios de contener tan desbocados caballos. La mortificacion, que con otro nombre se llama negacion de la propia voluntad, es la que necesitamos aquí, y consiste en que el hombre sepa vencer á un tiempo mismo á su voluntad, y á sí propio. Este imperio de nosotros sobre nosotros mismos, conocido, practicado, y elogiado por algunos Gentiles Filósofos, se nos intima particularmente por la Escuela de Jesu-Christo, que es la verdadera escuela de las virtudes perfectas, y en ella nos dexó el mismo Señor escritas estas palabras: *De ninguno es el Reyno de los Cielos, sino de aquellos que se hacen violencia á sí propios.* Así lo han practicado, y practican los Santos, que entre los mortales son los mas sabios, y juiciosos. Es necesario, pues, acostumbrarse con tiempo á resistir, y no dar gusto á todos los deseos, y placeres que del corazon humano brotan continuamente; y quando conocamos que nuestra voluntad se mueve con demasiada propension á este, ú el otro objeto, ó se inclina vehementemente á hacer alguna accion, de la qual espera alguna indecente delectacion, ó indecorosa utilidad, se ha de acostumbrar nuestra alma á mandarla detener en medio de la carrera, y con voluntad superior obligarla á que renuncie, y no quiera aquella cosa, á la qual tanto se inclinaba. Cierto que es oficio duro, difficilísimo, y muy amargo, es forzoso confesarlo; pero con todo, no es una cosa imposible, ántes bien es muy necesaria para el que desea gobernar sabiamente su vida, y evitar muchos errores en ella. Esta resolucion generosa es lo que llama S. Pablo escribiendo á los de Galacia: *Crucificar la propia carne con todos sus vicios, y concupiscencias.* Parecerá acaso á muchos que esta virtud es propia solamente de los Religiosos. Y á la verdad este es el método de que usan las Religiosas Comunidades para adiestrar, y enderezar sus alumnos jóvenes por el

ca-

camino de todas las virtudes. El que sale diestro en este manejo, ya está en el camino real, y con el tiempo dará copiosos frutos de probidad, y virtud; pero no por esto es esta, ni otra qualquiera virtud privativa de solos los Religiosos, aunque es verdad que qualquiera que desea gobernar bien su vida, y aspira á lograr la eterna, necesita sofrenar fuertemente su voluntad propia. Aquí hablo ahora mas principalmente con los jóvenes, los quales sin este récipe están expuestos á cometer gravísimos errores. *Parce puer stimulis, & fortius utere loris.* Demos, pues, el caso de que los chicos, y mozalvetes desprecien, ó no hagan aprecio de este freno saludable, y que se acostumbren á lograr, y conseguir quanto desean, y á executar quanto les propone su fantasia: suceda esto, ó bien por descuido, ó por necedad, y demasiado amor de sus padres, ya podeis contar entre los perdidos á estos jóvenes. Hechos ya hombres, y dexados á las anchuras de su voluntad estragada, será un gran milagro si no se encenagan en todo género de vicios; y si no corren ligera, y velozmente por los anchos caminos de las iniquidades; porque desde niños están acostumbrados á seguir su gusto, y hacer su voluntad en todo. Por tanto, supuesto que los jovencitos no tienen por lo comun aquel juicio necesario para aprender por sí mismos, ni de practicar el importantísimo consejo de negar, y contener su propia voluntad, es necesario que otros los avisen, y los enseñen; y si ser puede con modos dulces, y suaves, y aun con premios, y galardones; porque los medios áspersos, y los castigos, aunque sean muy á propósito, y á las veces necesarios, pero no es igual el fruto que se saca de áquel que se modera, y contiene voluntariamente, y del otro que lo hace por temor del castigo. Todo lo hace ver despues el tiempo. Escribe el Tournefort, que los Turcos en el Serrallo Imperial crian con cuidado, y atencion muy particular los Pages del Gran Señor, los quales suelen luego ascender á los grados, y empleos mas eminentes de la Corte. Los acostumbran, pues, á comba-

Tom. II.

K

tir

tir con su propia voluntad: para esto hacen varias pruebas aquellos que los gobiernan, y mandan, experimentando si saben guardar un secreto: si callar quando lo pide la ocasion: si saben contener la gula, aun quando pueden regaladamente saciarla sin que nadie los vea: si saben sufrir el hambre, y la sed, y una injuria sin descomponerse, ni alterarse: si aguantan los zelos que ocasionan la parcialidad, y amor manifestado á sus compañeros; y así discurriendo de otros mil modos de probarlos. ¡Gran vergüenza, y descuido por cierto, si en esto hacen ventaja los Turcos á los Christianos!

§. II.

Dichosos, y bienaventurados son aquellos, que ayudados de los buenos exemplos de otros, ó si estos faltan, estimulados de su buena inclinacion, aprenden desde luego á resistir, y quebrantar sus propios deseos, y desordenados apetitos. El que así lo practicase irá poco á poco tomando una permanente posesion de sí mismo, y hará callar la chusma de sus propios afectos, manteniéndolos en una bella paz, y quietud, siempre que quiera consultar, y acordar sus obras con la recta razon. Este, pues, debe, y puede gozarse, y complacerse de que tiene en su mano una segurísima brújula para evitar infinitos escollos en que puede peligrar la vida del hombre en el mar borrascoso de este mundo; y si alguna vez tropezase, como es muy posible, no le costará tanto trabajo el volver á tomar su rumbo derecho. Llegará tambien á conocer que no hay cosa mas gloriosa, é ilustre, que la victoria que de sí propio consigue el hombre; y que los famosos Capitanes, y gloriosos Conquistadores mayores alabanzas merecieron venciéndose á sí propios en muchas ocasiones, que en vencer exércitos, y rendir Ciudades. Por lo qual dixeron los antiguos sabiamente: *Que el vencer la codicia, y concupiscencia viene á ser lo mismo que el conquistar un Reyno. Vincere cupiditatem,*

Reg-

Regnum est vincere. Al contrario, todos aquellos que están acostumbrados á hacer su voluntad en todo, y á no negar á su gusto la execucion de sus caprichosos deseos, quando está en su mano el conseguirlos: estos, decia, no siempre, ó muy pocas veces lograrán, aun quando la deseen la obediencia de sus pasiones. Cierto es que el libre albedrío no falta al hombre mientras vive; y siempre está en su mano, digámoslo así, el obrar, ó el dexar de obrar, bastando para uno, y otro la determinacion de su voluntad, y querer. Por tanto, el que desde luego quiere obrar como sabio, es necesario que se alarme, ya para cortar el curso á este apetito, ya para ahogar, ó sofocar al otro, para imponer silencio á su lengua, para abatir las alas á la ira, y al espíritu de venganza, para contener los impulsos vehementes de un amor desordenado, y loco; y lo mismo debe entenderse de qualquier otro, ú otros afectos, y deseos, que intentan mandar á baqueta en nuestra propia casa, y conducirnos al estado de la infelicidad, y miseria. Para adiestrarse mejor en este género de batalla es muy laudable, y muy del caso el acostumbrarse á negarse á sí propio, no solamente en las cosas menores, mas aun tambien en las indiferentes. Pero sobre todo tiene necesidad de esta excelente virtud el que se halla empapado en la prosperidad, que es la que mas fuertemente suele tentar al hombre, inclinándolo hácia el vicio, y desarrregladas acciones. Aquel á quien Dios tiene sujeto con aflicciones, y trabajos, aprende con facilidad á estar con la cabeza baxa, sin pensar en locuras caprichosas; pero el que se halla libre de trabajos, y angustias, rodeado de dignidades muy altas, lleno de comodidades, y riquezas, sin saber, ni haber probado jamas los disgustos utilísimos de la mortificación; tened por cierto, que será una especie de milagro el que no cometa algun exceso. Con todo, en qualquier estado que se hallase el hombre, debe creer firmemente que nuestras vehementes pasiones, y desenfrenados apetitos solamente nos aconsejan, é incli-

K2

nan

nan á obras perversas, y pecaminosas. El considerar, pues, que estas son reprobadas por Dios, despreciadas de los hombres, y únicamente capaces de causarnos vergüenza, y daño, ademas del arrepentimiento: esta consideracion, decia, debe hacer que el hombre sabio se determine á dar una absoluta repulsa á sus malos deseos, apetitos, y pasiones desenfrenadas con un *no quiero* en su propia cara. He dicho que es necesario poner delante de nuestro entendimiento los fuertes motivos que pueden mover nuestra alma para hacer esta heroica resistencia; y he dicho una cosa no solamente útil para nosotros, pero aun necesaria. Tenemos ciertamente autoridad dentro de nosotros, y fuerza suficiente para no dar asenso á todos nuestros deseos, y apetitos, porque puede muy bien nuestra alma suspender la execucion de quanto aquellos nos proponen, hasta que exáminemos la justicia, ó injusticia que contienen, y el bien, ó el mal que nos pueden traer. Podemos tambien, aun sin este exámen, decir absolutamente: *No quiero executar esto, porque no quiero*, para exercer aquel dominio que tenemos sobre nosotros mismos, y de consiguiente sobre todos nuestros apetitos, y pasiones. Pero por lo comun para que nuestra voluntad se determine, ó no se determine á qualquiera accion, es necesario que el entendimiento le proponga los motivos, y razones mas fuertes, que la persuadan ser mejor el hacer, ó el omitir aquella determinada accion. El amor propio, quando está bien arreglado, es un traficante muy diestro, y siempre elige lo que ahora, ó con el tiempo le es, ó puede serle mas provechoso.

§. III.

LAS almas bien inclinadas, y que tienen buena prevision de prudentes, y sabias máximas, presto conocen la deformidad de la accion que propone el desarreglado apetito, y comprehenden el daño que puede venir de practicar aquello, y las demas fatales consecuencias

cias del vicio; y este conocimiento basta para contener el orgullo impetuoso de la irascible, ó de la concupiscencia; pero aun lo contendrán mejor quando estas almas enamoradas de la virtud siguen, y meditan la Ley Santa de Dios; porque en este caso nada mas necesitan para destrozarse, y ahogar aquel afecto desordenado, y apetito recién nacido, que el dar una ojeada, ó solamente reflexionar á su amantísimo Dios, y Señor. El que ama de veras se conmueve, y horroriza en solo pensar que ha de hacer alguna cosa con que pueda causar disgusto á la persona amada: ¿pues quanto mas bien podrá decirse esto quando se trata de aquel buen Padre que tenemos en el Cielo, que nos ha amado, y nos amata tanto, y de quien descende todo el bien que tenemos en este mundo, y de quien esperamos otro infinitamente mayor en su Reyno? Mas para los entendimientos menos delicados, y menos prácticos en la Escuela Santísima de Jesu-Christo (es necesario repetirlo muchas veces, y pido se me perdone) les servirá mucho el manejar otras armas para resistir aquel fantasma, que nos inclina hácia las malas acciones. Convendrá, quiero decir, el reparar dentro de sí, y traer á la memoria todos aquellos remedios que sirven de freno á nuestros malos deseos, y apetitos desarreglados, y de que hablaremos en el último capítulo, como por exemplo, el decirse á sí propio: Si yo ahora pongo esto por obra, si me dexo llevar de este mal deseo, hare una cosa indigna de un hombre prudente, y christiano. Puedo por ella perder mi reputacion, y buena fama: acreditar me de loco, y dar que decir á mis amigos, y compañeros: si este apetito sale con la suya, y consigue el vencerme en esta ocasion, hará un notable daño á mi bolsa, y á mi salud: acaso por esto perderé tambien aquel sosiego, y quietud que tanto apetece, y estima mi corazon: fuera de esto, por mas oculta que sea esta accion, tarde, ó temprano se ha de manifestar, y podrá verme el castigo, ó el menosprecio. Finalmente, obrando de esta manera daré que sentir.

tir , y causaré disgusto á esta , ó aquella persona : lo verán sobre mí reprehensiones de mis superiores : en vez de amigos ganaré muchos enemigos , habrá disensiones entre mis domésticos , pondré impedimentos al curso de mis negocios , y retardaré mis adelantamientos : estas , y otras reflexiones puede , y debe hacer á proporcion de las ocurrencias qualquier hombre que no sea un ignorante . Puesto en la balanza el bien , y el mal que puede resultar de hacer , ó no hacer esta , ó la otra acción , fácilmente encontrará nuestro amor propio lo que debe elegir entre los dos extremos . No se me oculta que el abstenerse de obrar mal por estos fines humanos , ni es virtud , ni meritorio para con Dios ; porque no entra como fin de este modo de obrar el amor , ni el respeto al mismo Señor ; y solamente parece que la humana sagacidad , y el interés son los que mueven la voluntad para omitir aquello , que si se hiciera desagradaría á Dios . Añado mas , que es lícito , y utilísimo al christiano sabio , y prudente el prevalerse de estas baxas ruedas , y comunes muelles , con tal que no se hagan cosas contrarias á la razon , y á la Ley , y se tenga un firme propósito de no cometer exceso pecaminoso : todo esto está bien , porque llamando en nuestro socorro , y defensa estos motivos , aunque puramente terrenos , para dexar de hacer lo que es malo , y pecado , podemos , y aun debemos al mismo tiempo santificarlos , y hacerlos meritorios , alegrándonos de que por ellos , y con ellos se eviten los pecados , que sabemos desagradan mucho á Dios , cuya mayor honra , y gloria buscan los buenos con toda su alma . Serán tambien los mencionados motivos tropas de refuerzo para nosotros , á fin de que podamos combatir contra nuestros enemigos ; y serán dignos de alabanza , con tal que se refiera á Dios toda la victoria .

Debe , pues , la virtud de la mortificación negarse resueltamente á consentir el que se execute , y ponga por obra una acción , que por sí misma es mala ; ó por lo menos debe tirar del freno al apetito , dando tiempo á que se consulte con la razon , y se exámine atentamente si lo que se propone entonces , y se va á executar , es por ventura , ó por desgracia efecto de alguna pasión desordenada , sin que la razon tenga parte en aquella obra ; Pero que cosas tan extrañas , é irregulares no se encuentran en el mundo ? Hallaremos , si lo miramos atentamente , cierta clase de personas , que por lo común no se moverán á hacer la menor cosa , quando no las impele , y espolea alguna pasión . Podreis cansaros en exhortarles á que perdonen sus enemigos , que hagan algun favor , ó beneficio , á que sufran la menor afrenta , á que entablen una amistad honesta , y decorosa , á que no hagan daño á sus vecinos , á que paguen lo que deben , á que no esperen el tiempo de su muerte para tratar sus negocios mas importantes , con otros muchos puntos que ocurren entre los hombres : añadiréis una razon , y otra razon : ni aun por esto se moverá su voluntad . No se mueven estos relojes por el muelle de la razon , la sola pasión es la que los hace andar . Quizá se obstinarán mas , y mas en hacer su gusto , quando se les haga ver por demostracion que no deben obrar de aquel modo ; pero preséntese la ocasion en que estos tales , ó se enojen , y piquen con otros , ó se dé algun motivo de emular á otro igual suyo , ó se dexé ver alguna vil ganancia , ó presente , ó futura , ó el accidente de poder hacer algun desaire al que no tiene por amigo , ó de vengarse del enemigo á quien aborrece , ó de complacer á la dama á quien sirve : venga la vanagloria , la soberbia , el temor , y qué sé yo que mas . Entonces sí que se rendirá , y hará todo aquello que ántes

no quiso hacer, estimulado, y aconsejado de la razon. Aun hay tambien de aquellos hombres, á quienes ni la eloqüencia mas elevada, ni la dialéctica mas fina podrán reducir á ciertas acciones, y resoluciones honestas, útiles, y aun necesarias. Este honor de hacerlos obrar bien está reservado á un vano agüero, á un bufon loco, ó á una mugercilla, por medio de sus chanzas graciosas, ó á otras causas semejantes á estas. Contemos tambien entre estos genios extravagantes algunas de las señoras mugeres. Preséntese, pues, á muchas de ellas (descosas sin duda de establecerse, y colocarse bien en el estado del matrimonio) un mancebo prudente, y sabio, el qual viste decentemente, habla con sencillez, y modestia, que no gusta, ántes bien abofrece toda afectacion, adulacion, y jactancia, será desgraciado para con aquella señora, y no la merecerá ni siquiera una cortés respuesta. Preséntese otro, que por el contrario es un jóven entremetido, desgarrado, que sabe al mismo tiempo hacer del enamorado derretido, que cubre su pobreza con una buena capa, su cabeza no menos pobre con una peluca peynada á la última moda, con un vestido galoneado de oro, cuya espada, segun lo publica él mismo, hace temblar á los mas valerosos de su tiempo; cuyas afectaciones en el andar, en el hablar, y demas acciones, son tan fastidiosas como continuas. ¡O! este sí que se lleva todas las atenciones de esta tal señora, hácia él se dirigen las ojeadas afectuosas: este es el objeto de toda su aficion: este es el dueño de su corazon amoroso; y finalmente, si es posible, logra el ser su esposo. Pregunto ahora, ¿es por ventura la razon la que maneja todo este negocio, ó es solamente una loca, y ciega pasion, la que hace obrar así á esta muger? Sin duda que la pasion la trastorna el juicio, quando no sabe distinguir entre el oropel, y el oro verdadero.

ELLO es imposible el que no caygamos precipitados en mil errores, y desórdenes, quando nuestro ánimo no está acostumbrado á mortificarse, y no haya adquirido una disposicion habitual de saber contenerse, y reprimirse; de manera, que ántes de determinarse á practicar esta, ó la otra accion, debe presentarla en el tribunal de la consideracion para exáminar si es, ó no lícita, si es, ó no útil, ó dañosa: especialmente tenemos necesidad de esta consideracion, quando hierve en nuestro corazon una pasion vehemente, capaz por sí de cegarnos, si no pedimos pronto socorro al entendimiento. Entonces sí que es dudosa la victoria, y puede verificarse; aquella sentencia de Ovidio, que tantas veces hemos repetido: *video meliora, proboque, deteriora sequor*. En estos lances suele suceder una de dos cosas; esto es, ó que la pasion no dé tiempo al entendimiento para la mencionada consulta, como sucede en aquellos movimientos primeros de la cólera, ó que aun despues de reflexionar las dañosas, ó peligrosas consecuencias de aquella accion, que la misma cólera quiere que se haga, se practique, ni mas, ni menos, como la pasion aconseja; tal, y tan impetuosa es entonces la furia de la fantasia irritada, y de los espíritus, de la sangre, movidos, y agitados impetuosamente. Lo mismo puede suceder quando un hombre ha llegado á contraer un mal hábito en qualquier otro vicio: conocerá tal qual vez su malicia, y deformidad: algun amigo le hará ver sus malos efectos, pero esto servirá de poco, regularmente hablando: sucederá lo que ya hemos insinuado de Ovidio, verá, conocerá, y aprobará lo que es bueno; pero seguirá, y practicará lo que es malo. Esto es lo que vemos cada dia en los habituados al juego, á la luxuria, á la taberna, y otros vicios de esta casta. Se les predica, se les exhorta, se les aconseja, pero nada basta: viéneles un contratiempo,

una desgracia, ó de una gran pérdida de dinero, ó de una dura prision, ó de una peligrosa enfermedad; entonces se atropellan los propósitos, se multiplican las buenas resoluciones; pero en presentándose aquellos objetos amados, las ocasiones, los cómplices, y compañeros, no hay resistencia, y volvemos á las antiguas locuras. ¡O Santo Dios, y quantas miserias se hallan en el hombre! Mas por ventura ¿se pierde por un mal hábito la libertad del albedrío? No por cierto: aun queda la potestad de no caer, y tenerse firme, si el hombre quiere; pero fácilmente caerá el que está habituado á caer; porque agitada la fantasía por la repetida impresion de aquel amado fantasma, el qual revive, y despierta á la vista de aquella muger, ó de los amigos compañeros, que le convidan con la baraxa, y con la taberna, pone al alma en un impetuoso movimiento; y presentándosele aquellos mismos motivos, que por lo pasado la hicieron consentir en aquellos actos; esto es, la dulce esperanza de ganar en el juego, la certidumbre de esta ganancia en el latrocinio, la bestial felicidad de conuersar, y tratar con aquella muger, el gusto de envasar vino en la taberna, sazonado con las chanzas de sus camaradas: ved aquí que todo esto excita en el alma aquella grande inquietud, y desasosiego, de que ya hemos hablado, no obstante que conoce que le están prohibidos aquellos actos, y dulces objetos; y no pudiendo sufrir esta continua molestia interior, despreciando, y quebrantando todos los propósitos, consiente de nuevo, y vuelve á sus antiguos desórdenes, y pecados.

§. VI.

NO puede creerse fácilmente el miserable estado á que están reducidos los que habitualmente se hallan encenagados en cierta especie de vicios; ¿pero de que manera podrán estos vencer tan obstinados, y fieros enemigos? No de otra que con la valentía de los co-

bar-

bar-

bardes, de que ya hemos hablado algunas veces: esto es, debe, si la voluntad quiere conseguir la victoria, negarse absolutamente á poner delante de sí aquellos mismos objetos, que por lo pasado la inquietaron, y conmovieron tanto. No hay que lisonjearse de poder tenerlos presentes con la persuasíon de que se les podrá resistir, y vencer, porque desmayado, y flaco el espíritu con la costumbre, y el hábito no saldrá con su intento. Toda la esperanza de la victoria se ha de fundar en la fuga: conviene, quiere decir, apartar la fantasía quanto sea posible de la vista, y presencia de aquellos objetos enemigos, que solian causarle aquella conmocion tan dañosa como terrible. Tambien el tiempo tiene gran virtud para desalojar de nuestra alma aquellos enemigos internos, disminuyendo, y aun borrando algunas veces los colores de sus imágenes. No puede negarse que este medio tan eficaz como prudente está en manos del hombre; y el no querer aprovecharse, y usar de él, será una culpa tan inexcusable, como lo es la de un enfermo que desea su salud, pero no quiere tomar las medicinas conducentes á este fin. Pero si el hombre llega á ser tan necio, é insensato, que no acierte por sí mismo á usar de algun remedio, y quiere proseguir obstinado en sus viciosos excesos, entonces debe esperarse alguna mano caritativa, que con autoridad superior, y mediante un justo castigo, le haga entrar en el camino recto; pues la fuerza tiene una virtud admirable para curar semejantes locos. Además de esto, qualquiera que desea conservarse sin el menor daño entre tantos peligrosos precipicios como rodean la vida moral del hombre aquí en la tierra, debe cuidadosamente tantear sus propias fuerzas. Aun sin haber llegado á formarse un hábito vicioso en alguna especie determinada, se necesitará muy poco para que algunos mas flacos caigan al primer tropiezo, y quando no se rindan á la primera vista, suelen caer miserablemente, familiarizándose un poco con algun objeto deyletable. Repitámos, pues, muchas veces que la fantasía tiene gran fuer-

fuerza en los hombres. Los ojos, y los oídos pueden llevar á ella imágenes tan placenteras, y deleytables, que entre el conocerlas, y el desear con ansia los originales, no medie casi un instante. Con que no hay sino estar muy lejos de objetos tan lisonjeros, y quando se presenten, huir de ellos con presteza, y valentía. No puede recetarse remedio mas específico: por lo demas ha sido, y es máxima universal de los sabios, y de los Santos, que quando se trata de placeres corporales es muy necesaria á cada uno la mortificacion de su propia voluntad, ó de los apetitos, porque de otro modo la razon corre mucho riesgo. El entregarse á estos placeres (de los corporales hablo ahora, porque los intelectuales son de diversa naturaleza) es el camino mas cierto para no lograr placer alguno, y cargarse con una gran caterva de pesares, afanes, y disgustos. Al ver como algunos van alegremente saltando de convite en convite, ó cargan frecuentemente de vino hasta embriagarse: al ver otros tan ambiciosos de otros placeres, aun mas bestiales, cada uno puede meterse á profeta, y anunciarles una breve vida, y esta infeliz, y desastrada, sujeta á enfermedades continuas, tan dolorosas, como vergonzosas. Por esto, aun el mismo Epicuro no quiso aconsejar los deleytes de los sentidos; y si sus discipulos, y sequaces fueron de dictámen contrario, acaso acaso no fué del Maestro la culpa, sino de los discipulos, y su perversa concupiscencia. El hombre sabio, y prudente se contiene, y aun los placeres lícitos los toma sorbo á sorbo; porque aunque piensa en el tiempo presente, piensa con mayor estudio en lo sucesivo. Las pensiones penosas que se pagan á todo género de excesos, podemos verlas en otros cada dia, y escarmentar en cabeza ajena; y si las vemos en otros, ¿por que no las tenemos en nosotros mismos? Además de esto se acostumbra tambien el hombre sabio á negarse á sí propio muchas satisfacciones, y cercenarse el goce aun de muchos lícitos placeres. Un gran secreto es este para vivir quieto,

y contento en varios lances, y accidentes, que en la carrera, y viage de esta vida ocurren á los hombres. Las desgracias, enfermedades, y contratiempos son muy frecuentes en el mundo. A ellos están sujetos chicos, y grandes, nobles, y plebeyos, ricos, y pobres. Quando se acostumbra alguno á las delicias, al regalo, á vivir delicadamente en el vestir, en el comer, en el beber, y alojarse: quando no piensa mas que en deleytes, y pasatiempos, y en hacer su gusto en todo, y por todo; al menor impedimento, que detenga el curso de tanto placer, y gozo, la menor desgracia, que llegue á perturbar, y alterar el plácido, y venturoso sistema en que se hallan estos que el mundo tiene por dichosos, los vereis tristes, angustiados, abatidos, en tanto extremo, que no pudiendo sufrir esta mutacion de teatro, todo es cólera, todo rabia, todo impaciencia; y á muchos, sin que quieran admitir el menor consuelo, les cuesta la vida. O! el hombre prudente, que ha sabido mortificarse, sufre estas, y otras tempestades sin afán, sin pena, sin trabajo, ni susto, aguantando todos los reveses de la fortuna con una envidiable paciencia. Está acostumbrado á sufrir, y padecer para no tener que padecer, y sufrir. Parco, y continente en la abundancia, no siente los trabajos de la esterilidad, y miseria. Finalmente el que con valor sabe despreciar los placeres lícitos, y honestos, ¿quanto mas pronto se hallará para menospreciar los ilícitos?

§. VII.

EXercitándose, pues, los prudentes, y sabios en la mortificacion de sus apetitos, y deseos, y continuando este exercicio por mucho tiempo (porque no se requiere menos), pueden llegar hasta el punto de no causarles maravilla qualquiera cosa que les suceda (esto encargaban mucho á sus discipulos los antiguos Filósofos). Pueden los mortificados del modo dicho no alterarse, ni encolerizarse, si no quieren: sufrir una furiosa tem-

pestad de injurias con alegría interior, y consolacion de sus almas: ofrecer con serenidad la mexilla siniestra al que atrevido les hirió en la diestra: comer solamente un platillo de legumbres viles, y comunes, hallándose en los mas opulentos banquetes: no somarse siquiera á ver un suntuosísimo espectáculo al mismo tiempo que desea verlo todo el pueblo: despreciar serenamente las dignidades mas altas á que aspiran los mundanos con sobrada ambicion, y codicia. Estas, y otras muchas proezas han hecho, y hacen los prudentes, y sabios para romper el curso rápido, y quebrar las alas á su voluntad, y apetitos. Los Estoicos nos dexaron muy buenos exemplos, y sentencias muy oportunas acerca de esta materia; pero nos servirán incomparablemente mejor las vidas, y doctrinas de los Santos, Filósofos, Sabios, y mas prudentes, que lo fueron los Gentiles, porque fueron discípulos del mejor Maestro; y habiendo vivido entre el bullicio del mundo, como ahora nosotros, pueden servirnos de norma, y modelo.

CAPITULO XXXV.

Utilidad, y necesidad de reprimir nuestros deseos, y pasiones.

§. I.

PAra que mas, y mas nos esforcemos, y apetezcamos el caminar por la segura, aunque áspera senda de la mortificacion, nos ayudará no poco, y á veces mas que otra qualquiera cosa el conocer una importante verdad, sobre la qual no solemos hacer reflexion, aunque por otra parte los Filósofos sabios, y en particular Séneca la promueve, y encomienda, como cosa de mucha importancia. Nosotros en todo caso deseamos, y apetezamos una vida feliz: queremos apartar de nuestro cora-

zon

zon las angustias, y trabajosos afanes quanto nos sea posible: buscamos con ansia aquella tranquilidad de ánimo, en que diximos consistir la verdadera felicidad de este mundo; y con todo experimentamos, si no siempre, por lo menos muchas veces, tantas, y tan pesadas turbaciones internas, mal satisfechos de este mundo, y mas descontentos de nosotros mismos. ¿De donde, pues, provienen tantas, y tan frequentes borrascas, como experimentamos en este mar de nuestra vida? La mayor parte la levantan nuestros apetitos, y deseos, que continuamente nacen, y se apoderan de nuestros corazones, enderezándose unas veces hácia la hacienda, otras hácia los honores, las mas hácia los gustos, y placeres: en una palabra, corren unos detras de otros muchos objetos terrenos, ó para conseguirlos, ó para conservarlos, ó finalmente para disponer de ellos á nuestro arbitrio. Dificil cosa es, ó imposible, por mejor decir, que puedan cumplirse tantos, y tan varios deseos, ni en todo, ni en parte, por las muchas contrariedades de que está lleno el mundo, ocasionadas de los deseos mismos que tienen los hombres. Véase, pues, ahora el modo con que estos nuestros deseos nos atormentán; y qual es la verdadera causa de nuestras interiores angustias: estos vehementes deseos de ser felices, y el no contentarnos jamas con nuestra suerte, esto mismo es lo que nos hace ser siempre infelices. Desde el punto en que comienza á bullir en nuestro corazon uno de estos deseos, se siente nuestra alma conmovida, agitada, y ansiosa; y quanto mas vehemente es el deseo, tanto mayor es la violencia con que se agita, y mueve nuestra alma, movimiento á la verdad desapacible, y alguna vez insufrible, y especialmente afflige el alma mucho quando no puede conseguir lo que desea. *Con el querer, y el desear crece el penar*, decian nuestros viejos antiguos allá á su modo. Este es el camino por donde alguna vez se suele llegar al triste pais de la desesperacion; esto es, á una de las mas terribles, y peligrosas situaciones en que pue-